

CASTALIA

SEMANARIO ILUSTRADO

DE LITERATURA, ARTES É INTERESES MORALES Y MATERIALES DE CASTELLON Y SU PROVINCIA

Director: CARLOS LLINÁS

TOMO I

CASTELLON 24 DE OCTUBRE DE 1886

NÚM. 14

LOS HIJOS DE CASTELLON

Conclusion

Don Francisco Tárrega

Los que no han luchado por la existencia y por el ideal, esa doble penalidad del artista pobre, obligado á arrastrar sus ensueños de oro por el fango de las calles, los que no han sentido hambre, pero no esa hambre de mentirijillas, sino la otra, aquella que roe las entrañas y hace bailar la cabeza poniendo turbios todos los objetos que con la vista se alcanzan, los que no han pasado por esa vida incomprensible donde cada pedazo de pan resulta una humillacion, no podrán nunca tener conciencia del gigantesco esfuerzo que suponen la prosperidad adquirida, el renombre alcanzado de hombres que como Tárrega se arriesgan á subir por la árida y empinada cuesta que conduce á la gloria, teniendo por único apoyo el aliento del corazon y soportando en las espaldas la negra y aflictiva carga de todas las fatalidades que pesan sobre los hijos desheredados de la fortuna.

¡Para uno que tiene la dicha de alcanzar la cima, cuántos sucumben en el camino estenuados por la fatiga! ¡Cuántos dejan en el amargo fracaso los girones de su esperanza entre las riscoas breñas que les saltan al paso, como para contenerles de alguna criminal tentativa, cual si el artista pudiera dar abrigo á otros propósitos que los que constituyen su segunda naturaleza, encaminados á dar encanto y alegría al género humano.

Acaso sea condicion indispensable haber así luchado y sentido en el alma las cien garras del

infortunio, para poder expresar con verdad que arrebatada y conmueve, el dolor que se encierra en esas notas quejumbrosas que parecen ayes de un corazon desgarrado y brotan por maravillosa manera de las cuerdas heridas por los ágiles dedos del famoso artista!

Pero Tárrega que tantas almas supo subyugar, no pudo librar la suya de los dulces atractivos del amor; que no hay tirano que no sea á su vez esclavo, y sus correrias tuvieron un largo paréntesis en Novelda, pueblo de la provincia de Alicante, suspendidas por una fascinacion superior que ató el corazon del artista á los destinos de una bella y virtuosa jóven, la señorita doña María Rizo

Los encantos de la luna de miel detuvieron por algun tiempo el curso de aquella vida desbordada en el tumulto de las pasiones del artista, sobrescitadas ante el continuo cambio de las cosas y la vertiginosa variedad que prestan á las sensaciones las amistades al minuto, las dichas muertas sin sazonar, los panoramas de una hora, todo eso que entra revuelto en su manera de sér y en su modo de vivir.

Aquel nuevo cariño que vino como á refrigerar el ambiente caldeado donde giraba la existencia de Tárrega, fué el crisol donde llegó á depurarse su gusto... y se reflejó en la expresion y en el sentimiento con que se manifestaban sus entusiasmos artísticos...

Nos congratulamos de ser acaso los únicos que hicieron observacion del nuevo rumbo que tomaron los sentimientos de Tárrega á raiz de su nuevo estado.

Tárrega pone en su guitarra el alma y la vida, de aquí que una audicion de cualquiera pieza por

él ejecutada sea como la revelación de su sér; cada acorde es un pliegue de su alma soñadora, cada nota un perfil; y nosotros encontramos después más firmeza en los efectos, menos variedad y más unidad, una especie de oasis en medio del desierto, algo del reposo del caminante nómada tras una larga fatiga, una aplicación de sus poderosas facultades más propia y adecuada al género de piezas de su predilección, y para acabar, un nuevo progreso añadido á los muchos que hasta entonces habia realizado.

De lo que nunca se ha podido despojar es de cierto dejo amargo que imprime á la música que ejecuta. Nunca traspiran sus sentimientos franca alegría, hasta en aquellas piezas creadas para regocijar se nota el mismo sabor.

Toca Tárrega una jota que hace asomar las lágrimas á los ojos, y unos polos andaluces donde ha condensado todas las nostalgias y todas las melancolias que puede sentir el corazón, bien que este género andaluz, aunque regocijado por la juerga y la alegría, es acaso el más sentimental de cuantos géneros se conocen en música.

Pasados los primeros meses consagrados á la luna de miel, se trasladó Tárrega á Madrid y desde allí á Barcelona, donde definitivamente ha fijado su residencia. En esta última ciudad ha conseguido crearse el único medio ambiente que puede respirar su corazón henchido de los más hermosos y apasionados sentimientos; una corte de inspirados géneos, en música, en pintura, en poesía; Apeles Mestres, Pellicer, Albenitz y otros muchos que son verdaderas glorias del arte y que conceden al gran guitarrista la más íntima y cariñosa amistad. Apeles Mestres le paga los deliciosos momentos que goza oyendo á Tárrega con bocetos y dibujos, otros le dedican por la misma merced sus rimas más escogidos.....

Algunos podrán extrañarse de que siendo Tárrega una eminencia no tenga hoteles de su propiedad como tantos otros que han llenado el mundo con su fama. Parece curioso averiguar la razón de este misterio que tiene á nuestro paisano sometido á una vida, no de fausto y de lujo como tuviera derecho á esperar por sus grandes merecimientos, sino á la vida modesta del que no dispone de bienes de fortuna.

Esto depende exclusivamente de la naturaleza del instrumento que toca Tárrega.

La guitarra no admite ni espaciosos locales ni grandes públicos para un concierto: no puede por este motivo alcanzar para el concertista esas inmensas ovaciones de las grandes concurrencias que con atronador estruendo repercuten en todos los centros artísticos del mundo. Tiene que limitarse á una esfera más callada y reducida. Por la dulzura de sus armonías, por la poca intensidad de sus sonidos tiende á replegar á sus oyentes á un limitadísimo espacio, cuanto más limitado mejor, y solo así es cuando pueden aquellos saborear todo el inacabable tesoro de sus bellezas.

En esas reuniones íntimas se fragua la sorpresa, el enternecimiento, la dicha inefable, el entusiasmo, todas esas múltiples impresiones que causa Tárrega, pero no es este el lugar de los éxitos positivos, de las ventajas materiales que enriquecen, de los provechos que hacen millonario al concertista.

Además Tárrega, no puede tener críticos... La guitarra no es conocida... Se la vé abandonada en las tabernas, en los cuarteles, en los barrios de la juerga de las poblaciones, principalmente las andaluzas, en las barberías y siempre en manos de gente divertida y bullanguera. Tárrega la ha sacado de esa misérrima condición. La ha ennoblecido. Por regla general el público le aplaude admirado por la sorpresa que causa siempre lo maravilloso, pero le aplaude sin conciencia, sin conocer ni remotamente la suma de sacrificios que supone este asombroso resultado.

Con los demás instrumentos generalmente conocidos no sucede esto, siempre tiene el concertista una parte en el público inteligente que hace perfecta justicia á sus méritos porque conoce el valor que representan aquellas filigramas artísticas por propia experiencia de las dificultades que hay que vencer; de aquí surge el espíritu de crítica con sus manifestaciones técnicas que colocan al mérito en la escala que le corresponde.

Bajo este concepto Tárrega no ha podido aun ser juzgado. Se le admira, se le aplaude extraordinariamente, pero nadie ha dicho tanto vale. Es necesario antes conocer lo que es la guitarra y qué oficio tienen esas seis cuerdas casi pegadas á un mástil, de las cuales brota tanta pasión y tanta ternura, y qué escollos hay que allanar para producir esa brillante gama de variados y ricos

efectos; de dulce hasta esos armónicos para á las enredarse ven araña de hilos de idea exactas prodigios

En la g estudio co do que ha limpieza.

Pues T con una i tavados, n que produ aire.

Para su pisar arme mo tiempo matemático más arriba nido que se sición que un rapidí más difícil que deba i

Los que de que Tár mónicos sin que parece una sola, r tonos, que rascación

En las a Tárrega e marcha fún ción forma gado mien da la sever magestosa poderosas f dedos le si hiere la de una cualqu vertir que á la siniest tan incompi

efectos; desde el claro oscuro más misterioso y dulce hasta los tonos más enérgicos y magestuosos esos armónicos octavados, que *El Imparcial* compara á las *lágrimas de la morena andaluza que al enredarse en el humo tejido de la mantilla parecen arañas de diamantes balanceándose en su red de hilos de seda*. Admirable imagen que dá una idea exacta del efecto que producen aquellas notas prodigiosas.

En la guitarra, despues de diez años de un estudio constante y decidido, raro es el aficionado que hace una escala cromática con verdadera limpieza.

Pues Tárrega bien, hace estas mismas escalas con una irreprochable claridad en armónicos octavados, notas cuyo efecto es y muy semejante al que produce un cristal herido dulcemente en el aire.

Para su ejecucion tiene la mano derecha que *pisar armónicamente* la cuerda y pulsarla al mismo tiempo con otro dedo, pero en un punto tan matemático de ella que una mitad de una línea más arriba ó más abajo ya no se encuentra el sonido que se apetecen variándose á cada nota la posición que ocupa dicha mano y resultando de aquí un rapidísimo cambio de posiciones que es tanto más dificultoso cuanto mayor sea la velocidad que deba imprimirse á la ejecucion.

Los que conocen este mecanismo se maravillan de que Tárrega maneje tan perfectamente los armónicos sin descuidar el acompañamiento, obra que parece encomendada á dos guitarras y no á una sola, resultando una mezcla de tan misteriosos tonos, que obran en el ánimo la más encantadora rascinación.

En las apoyaturas, ligados, trinos y mordentes, Tárrega encuentra una facilidad suma. En la marcha fúnebre de Thalberg sostiene una variación formando con la segunda cuerda un trino ligado mientras que el tema se desarrolla con toda la severidad y grandeza que requiere aquella magestuosa producción. Válese para esto de las poderosas facultades de su mano izquierda, cuyos dedos le sirven unos para pisar las cuerdas que hiere la derecha y otros para poner en vibración una cualquiera de las restantes, porque es de advertir que este cambio de funciones de la diestra á la siniestra mano es cosa fácil y corriente para tan incomprensible artista.

Quisiéramos dar una prueba de la dificultad que supone semejante combinación de dedos que en sus opuestas funciones han de someterse á un tacto tan exquisito y á una intuición tan marcada que solamente bajando la voluntad á las yemas de los dedos se concite puedan desenvolverse con tal maestría dentro de aquella enmarañada red de múltiples dificultades.

No sería más difícil escribir simultáneamente dos pensamientos distintos valiéndose de dos plumas sujetas á los dedos de cualquiera de entrambas manos que conseguir con ellas los extraordinarios efectos que Tárrega produce.

En lo que respecta á piezas de ejecución, no hay ninguna que se resista á la prodigiosa agilidad de que hace alarde nuestro artista. La canzoneta de Mendelsson, obra que parece inverosímil para una sola guitarra, sirve de juguete á sus dedos; hay un momento en que fatigados los ojos de seguir los vuelos de la rápida digitación creen encontrar en las manos de Tárrega un sin número de dedos que salen automáticamente de un cuerpo mecánico, como sucede con el organismo del piano visto por dentro.

El famoso trémulo de Góltshal no ofrece menor número de escollos y dificultades, pero todas son vencidas sin vacilaciones, ni descuidos, sin que ninguna suerte de estraños ruidos intervenga en aquel torrente de notas que se despeña por una vertiente que parece no tener término. Esta obra es acaso la que extrema los recursos del famoso guitarrista. En otras piezas las dificultades se recargan á intervalos sobre una ú otra mano, lo cual hace posible algun descanso, pero en esta entrambas manos tienen que hacer prodigios de habilidad; Tárrega no descuida nada. El trémulo resulta en su instrumento con el sabor que le caracteriza, originalísimo y estraño. No se omite ninguna armonía. No se cambia ninguna nota. Resulta todo él un perfecto trasunto de la partitura. Claro está que no habiéndose escrito esta obra para la guitarra no se han tenido en cuenta las condiciones músicas de este instrumento y por lo tal no resulta ajustada á su contextura especial, originándose de esto enormes dificultades de ejecución, pero Tárrega ha podido vencerlas con tal propiedad y gracia que realmente parece una pieza peculiar á dicho instrumento.

En resumen, Tárrega es un artista singularísimo que está condenado á no ser estimado en su verdadero mérito.

Los que por él se sienten fascinados no sabiendo á quién compararle, le dan el honroso calificativo de «El Sarasate de la guitarra.» Nosotros no nos atreveríamos á llamar á Sarasate *El Tárrega del violín.*

José Fola Iguibide.



La naranja.

Era la producción naranjera la primera y más importante de esta hermosa región á la que llamamos La Plana. Extensas regiones pobladas del árbol que la produce daban el sustento á millares de brazos que se empleaban en su esmerado cultivo, y proporcionaban á sus propietarios saneadas rentas que vueltas á capitalizar mejoraban rápidamente las condiciones del suelo. De pronto y cuando las tierras alcanzaban más altos precios comienzan á bajar los de aquella, siendo verdaderamente desastrosos los alcanzados en los últimos años. La crisis económica y social iniciada es inminente sino se contiene la depreciación; al bajar tan rápidamente la renta, no solo se resienten los que de ella dependían, sino los muchos trabajadores que se alimentaban; y gracias á que el aumento que ha tenido el vino viene á compensar en gran parte los perjuicios á que nos referimos.

De todos modos el malestar se siente y aumentará si este año rigen los mismos precios que el último y sobrevendría un conflicto si las viñas, por depreciación, enfermedades ú otras causas dejaran de producir lo que hoy día. Esa holgura y bien, estar de hace algunos años, serían sustituidos por la pobreza para los ricos y el hambre para los pobres.

Los remedios urgen. La Liga de contribuyentes y Asociación para la defensa de la naranja propusieron al finalizar la última temporada varios que comenzaron á ponerse en práctica; pero desmentiríamos nuestro carácter propio de los climas meridionales si al concluirse la cosecha hubiéramos proseguido los trabajos para tener alguna

ventaja al comenzar la *campaña* que empieza á iniciarse.

Preciso será hacer obrar ahora, aun cuando otra cosa no logremos que ocuparnos del asunto, mientras la naranja se pague á bajos precios, con la esperanza de obtener algo para el año próximo. ¿Y qué medidas deberemos tomar?

Parece la más indicada por la opinión la de rebajas ó unificación de tarifas de transporte por ferro-carriles, aunque en mi concepto con más buen deseo que acertado cálculo, pues entiendo que por grandes que sean las rebajas jamás serán suficientes para que la naranja sea en los mercados centrales de España artículo de general consumo, y sin esto, aunque algo y aun bastante conseguiremos, no será lo suficiente para resolver el problema.

Cúpome en el pasado Mayo, comisionado por las sociedades Liga de contribuyentes y Asociación para la defensa de la naranja, el honor de entender en este asunto, y con grandes dificultades (pues mi buen deseo se estrellaba contra la general apatía) pude conseguir extremar y ponerme en la pista de unas proyectadas tarifas que hubieran facilitado algun tanto nuestra exportación. Continuando despues mis gestiones supe que pequeñas rencillas entre las compañías y el deseo de no experimentar ningun perjuicio retardarian y acaso imposibilitarian la aprobación.

Por otra parte el ex-ministro de Fomento señor Montero Rios que tanto interés se ha tomado en su corta permanencia en el poder por los asuntos que le estaban encomendados, confió á una comisión el estudio de las tarifas.

Pero como nadie ha vuelto á acordarse de ellas yacen en el panteon del olvido seguramente y preciso será que prosigamos aquel trabajo que con pequeño esfuerzo puede darnos buenos frutos, dado el estado en que se encuentra.

Mas sin duda alguna que esto no es todo y que si al par no miramos más al porvenir facil será que el negro cuadro trazado al principio á mis lectores se presente en breve.

Se hace preciso abrir nuevos mercados. ¿Cómo? Bien por medio de tratados, bien por las vías puramente mercantiles arriesgando los propietarios un pequeño capital á cambio de obtener otro día pingües rendimientos. Enviar representantes á los principales mercados del extranjero para fisca-

lizar
bien a
nar el
que no
benefic
otras
pero q
llevar
Pro
no sab
rán, si
ciones
hay no
¿No se

La
fias ex
rreter
truccion
Ries)
pesar
por su
genera

Cua
(ó deb
mercia
una C
tratad
Revis
se mu
otras
más
desarr

Cas
precis
volunt
estrech
venir.

Aho
con to
ras de
pareci

lizar las operaciones como ya se hace por algunos bien aconsejados comerciantes. Procurar hermanar el interés de estos con el del propietario para que no se perjudiquen mutuamente redundando en beneficio de uno los trabajos de otros. Y adoptar otras muchas medidas que tan solo podría indicar, pero que otros más experimentados que yo sabrán llevar á la práctica.

Pronto empezará á cojerse la naranja y aun no sabemos los propietarios los precios que registrarán, si podrá hacerse la venta en mejores condiciones al principio ó al fin de la temporada; no hay noticias de los mercados ni de la cosecha. ¿No son lamentables estos descuidos?

La habilitacion de la aduana facilitaria pequeñas exportaciones; la construccion del puerto, carreteras y ferro-carriles económicos (cuya construccion tanto ha recomendado el señor Montero Rics) nos proporcionarian grandes ventajas, y á pesar de ello poco, muy poco, es lo que se hace por su realizacion, y bien puede afirmarse que la generalidad permanece indiferente.

Cuando estas líneas vean la luz se celebrará (ó debiera celebrarse) una reunion magna de comerciantes é industriales con objeto de constituir una Cámara de la industria y el comercio (asunto tratado en uno de los últimos números de esta Revista); he aquí el molde en que podrían vaciarse muchas de las ideas expuestas, de acuerdo con otras sociedades ya existentes. ¿Haremos lo que más convenga, ó dejaremos que los sucesos se desarrollen por sí mismos?

Castellon está en vias de grandes mejoras, pero preciso es que ayuden todos los hombres de buena voluntad. Los amigos de Castellon deben formar estrecho círculo, palanca de progreso para el porvenir.

F. Gasset.



El emperador y el niño.

Ahora muchos años un día el sol iluminaba con todo su esplendor las grandes y vastas llanuras de las Indias del Norte, y sus ardientes rayos parecía que despedían chispas de fuego; era pre-

cisamente la hora en que éste, estando en el zenit, apenas dejaba un rincón donde su influencia no se sintiese, cuando un hombre alto y de piel tostada, de mirada severa, envuelto en una manta blanca, se acercó con paso lento á las orillas del Ganges, donde permaneció por largo rato con la mirada fija como si quisiera penetrar con ella el misterio de aquellas profundas y oscuras aguas, con tal severidad en su semblante, que revelaba que su cerebro encerraba un pensamiento grande.

Por lo ménos media hora permaneció, sin moverse y sin articular palabra, mientras su semblante parecía oscurecerse cada vez más, y cada vez adquirir mayor severidad.

Dos ó tres hombres que pasaban por allí y que venían de buscar agua, lo llegaron á ver, y al pasar por su lado uno de ellos señalando hacia él dijo, acompañando la accion con una carcajada:

—Mira, allí está Gohur Kshetrya, Gohur el soldado, que, sin duda alguna, está esperando á que el pez salga del agua y se fría á sí mismo para entónces comérselo él.

Hizo tanta gracia á los compañeros la ocurrencia, que por largo tiempo se les oía reir segun caminaban y se alejaban, y de seguro que poco despues ya se habían olvidado de él. Pero si ellos siquiera se hubieran imaginado el valor del pensamiento de aquel hombre en esos momentos, de seguro que no se hubieran reido tanto ni tan alto.

El estaba alimentando la idea y estudiando el modo de matar á un hombre, y ese hombre era el emperador Baber, que en la actualidad reinaba en el país.

Y alguno hubiese preguntado: ¿Qué mal le ha hecho el emperador Baber para que esté tramando el modo de quitarle la vida.

Bien: en primer lugar, Baber no era natural del Hindo, pero había llegado allí, con un gran ejército, de un país distante, mucho más allá de del Himalaya, y había conquistado la India por medio de la fuerza. Despues de la Conquista dictó unas leyes muy severas, para poder gobernar y mantener allí el órden, castigando con todo el rigor de la ley á aquel que la quebrantaba; y sin embargo de que él era verdaderamente un

buen hombre y muy generoso, habia muchos, entre los súbditos, que le odiaban entrañablemente y le creían cruel é injusto.

Gohur acarició la idea de que el Emperador estaba haciendo al pueblo desgraciado, y se decía: ¡el Emperador debe de morir, y yo soy el hombre predestinado para matarle: de este modo libraré al pueblo de un tirano opresor!

El sabia muy bien que á él le costaría perder su propia cabeza, pero este pensamiento no le hacia desistir de su atrevido plan. Estaba persuadido de que iba á hacer un bien, sin embargo de que más adelante nos convenceremos de que él tambien estaba en un error.

Ahora bien, el encontrarse con el Emperador, no era cosa difícil, puesto que en vez de estar encerrado en su palacio, como lo hacian la mayor parte de los reyes de esa época, se le veía con frecuencia vagando por todas partes y rincones del pueblo, vestido con ropa ordinaria como un hombre obrero ó trabajador comun, con el objeto de inspeccionar por sí propio, si sus órdenes eran obedecidas ó no y para ver si sus vasallos estaban bien ó mal tratados. Gohur escondió un machetín bajo su manta y se arrojó á las calles de la ciudad.

Pero en uno de los barrios se encontró con un gran atropello y alboroto.

Toda la atmósfera estaba preñada de polvo y en medio de todo corria un grupo de hombres mujeres y niños y se oía sus gritos como si estuvieran aterrorizados, mientras de cuando en cuando se escuchaba un ruido tal como si un edificio se estuviese derrumbando, ó si un inmenso árbol fuera arrancado de raíz. Un momento más, y observó que á poca distancia y por el medio de la calle, venia furioso un enorme elefante que en un momento de esfuerzo logró escaparse de un gran bazar donde lo tenían asegurado y se lanzó por las calles del pueblo destruyendo cuanto encontraba á su paso.

El panorama era horroroso. Esa enorme masa de fuerza salvaje arrastraba con todo, como pudiera hacerlo una locomotora, y destrozaba las tiendas y bazares con solo un golpe de su tremenda trompa y enormes y blancos colmillos que brillaban como bruñidas espadas, y todo esto acompañado

por la blanca espuma que brotaba de su abierta y oscura boca.

Por ambos lados de las calles se veía la muchedumbre correr despavorida, gritando.

Todo era desorden y terror.

Ahora debemos decir, ó explicar, que en ese país hay una clase del pueblo, á que llaman párias, ó perdidos, que todo el mundo odia, mira con desprecio y trata de evadirse de ella, nadie le da la mano, le habla, nadie se muestra con ella agradable.

El por qué, seria muy largo de relatarlo en esta historia, pero baste decir que un hindo hablarle á un pária seria tan mal visto como mal visto es que un caballero acepte la amistad de un ladrón, ó de un asesino.

Parece que un hijo de uno de los parias, muy pobre y hambriento, se resbaló y cayó entre las patas delanteras del elefante, y un minuto más que hubiera trascurrido hubiese bastado para ser devorada la criatura por la fiera; pero un hombre que pasaba, vestido de obrero, de un salto se plantó delante del monstruo, arrebató al niño con una mano, y al mismo tiempo, con él, dió un salto hacia atrás para salvarle del golpe que el elefante preparaba á la vez que se dirijia con velocidad hacia el río.

Pero al dar el salto atrás, el turbante que ocultaba su semblante cayó y todo el mundo quedó atónito é inmóvil al reconocer en el hombre que habia expuesto su vida por salvar al hijo de un pária, al Emperador Baber.

Un profundo silencio reinó por mucho tiempo entre aquella muchedumbre y cada hombre miraba ya asombrado al que tenia á su lado, como si dudase de lo que sus propios ojos habian visto.

En medio de aquel silencio sepulcral, otro hombre, adelantándose se puso en presencia del Emperador. ¡Era Gohur!

Este se arrojó de rodillas á los piés del monarca y presentándole el machetín que llevaba oculto bajo la manta, le dijo con firmeza y serenidad:

—¡Señor, yo soy vuestro enemigo, y mi idea fué siempre quitaros la vida: hoy era el día que me habia fijado para ponerla en práctica, pero aquel que salva vidas es más grande que aquel que las destruye. Mi brazo es débil como aquel que Dios protege. ¡Tomad mi machete y matad al que mataros pensaba!

Una r
narca al
do el bra
de rodilla
—No
del Emp
cho la ve
vidas qu
hombre d
ellas?

Tomad
puesto q
de palaci

El sev
cabeza y

Pero l
ciertas, p
más vali
los comb
nunca se
habia pe
que aque

«¡Es n

Sabe
alma; pe
cribo.

Cuan
tu padre
pedazos

cirte. La
luntad d
liz aque

Ahora
cierra la

¡Qué
Las m

en mi pu
La no
mer can

Eran

Una rara sonrisa se dibujó en los labios del monarca al escuchar aquella confesion, y extendiendo el brazo, ayudó á levantarse al que se hallaba de rodillas á sus pies.

—No será así, hermano mio; fué la respuesta del Emperador con un tono de bondad; habeis dicho la verdad cuando dijisteis que es mejor salvar vidas que destruirlas; y ¿he de matar yo á un hombre que confiesa sus faltas y se arrepiente de ellas?

Tomad vuestro machete y usadlo en mi servicio, puesto que desde hoy os hago uno de mis guardias de palacio.

El severo hindo hizo un reverente saludo con la cabeza y lloró como un niño.

Pero las palabras proféticas de Baber salieron ciertas, pues años despues Gohur fué uno de sus más valientes soldados y le salvó muchas veces en los combates. Hasta los últimos dias de su vida nunca se cansó de contar como el Emperador le habia perdonado la vida, y de repetir las palabras que aquel habia pronunciado:

«¡Es mejor salvar vidas que destruirlas!»

C. Enriquez.



El capullo de rosa.

Sabe Dios cuándo leerás tú esto, hijo de mi alma; pero ante todo, conste que para tí lo escribo.

Cuando ya no exista yo, cuando no te quede de tu padre más que el recuerdo, léelo á tu vez á los pedazos de tu alma y repíteles lo que voy á decirte. Las cadenas que sujetan los hijos á la voluntad de los padres, son cadenas de flores, y feliz aquel á quien más tiempo le duran.

Ahora oye y saca tú mismo la moraleja que encierra la historia del capullo de rosa.

*
**

¡Qué frio!

Las mañanas de Mayo aun son frescas, y más en mi pueblecito, que está tan alto.

La noche la habia pasado intranquila, y al primer canto del gallo dejó la cama.

Eran las cinco.

Habia salido de mi casa sin saber á dónde iria, y casi inconsciente bajé la cuesta que conduce al arroyo. Me senté y dejé vagar la vista, aun velada por esa especie de adormecimiento que producen las primeras horas del dia.

Veía y no veía.

Sobre mi cabeza y en la falda del monte, se escalonaban las casas de la iglesia; á mi alrededor crecia un bosquecillo; á mi lado brotaba una fuente; á mis piés murmuraba un pequeñito, pero bullidor arroyo, que iba á morir á poca distancia en un rio tranquilo.

La noche cedia su imperio al dia, y aun las estrellas luchaban por ver apagada su brillante luz.

Algunas nubes, diseminadas en la techumbre azul, se matizaban de púrpura, y desde la rama del árbol saludaba el pájaro con sus trinos á un arroyo dorado que fingia brotar de la montaña.

Las aguas del arroyo parecia que retardaran su paso, como aguardando tambien su parte del sol y las flores que á su orilla crecian, se esmaltaban de rocío, abriendo poco á poco sus hojas.

Mi vista se fijaba en el sol, como en las aves, como en las nubes.

A orillas de la corriente llamó sobre todo mi atencion un precioso rosal. No crecia en él más que un capullo, cobijado por una magnífica rosa.

La rosa encarnada, casi negra, tenia más de cien hojas, envueltas entre otras tantas verdes; el capullo, apenas abierto de entre su verde pétalo, dejaba ver una cabecita rosada y blanquecina.

El viento jugaba con la rosa y el capullo.

Miraba yo fijamente las flores, y aun juraria que aquel murmullo que llegaba á mis oidos eran palabras, y que lo que voy á contaros, no lo he inventado.

—Madre,—decia el capullo,—tus ramas me sujetan demasiado, tus hojas me aprisionan, me ahogan; déjame madre, déjame doblar más mi cabeza y llegar hasta las aguas del arroyo, y allí beber más vida para crecer antes, para ser más pronto rosa como tú.

—Eres loco—contestaba la rosa;—adelantar la vida es encontrar la muerte, paso á paso llegué á ser lo que soy, no vayas tú más de prisa que tal vez por eso no llegues antes.

—Yo quiero, madre—suplicaba el capullo,—

que mis hojas tengan tu rojo color, que cuando pase el caminante fije en mí sus ojos como en tí, que me miren con envidia como á tí te miran; quiero exhalar tu fragancia, tener tu tersura, brillar con tu brillo; yo quiero todo eso.

—Tú lo tendrás, hijo mio, tú lo tendrás, todo eso y aun más tal vez; pero deja á Dios que te lo dé. También tú tienes aroma, también tú tienes belleza, también te miran, también te quieren.

—Pero antes la tendré si la busco en las aguas del arroyo. Cuando cae el rocío del cielo todas sus perlas caen en tus hojas y ninguna en las mias. Cuando la brisa nos acaricia; cuando el sol nos hiere con su luz de fuego siempre eres tú la preferida; sol, tierra y rocío me desprecian por ruin.

—No tal, te respetan por débil.

—Yo quiero más vida.

—Hijo, que te matas.

Verás, madre, con cuanto orgullo ves luego á tu hijo el más hermoso de los capullos, la más preciada de las rosas. Déjame bajar; madre, suéltame.

—Nunca.

—Suéltame.

Y la rosa y el capullo se movian en vaiven rápido y agitado; y mis ojos seguian fijos aquella luz entre el amor de la madre y las pasiones del hijo, y yo instintivamente iba á prestar ayuda á la madre, pero fué tarde...

El capullo en sus descompasados movimientos, se habia desprendido en las aguas. Unas anchas hojas le sujetaban, á pesar de los sacudimientos de la corriente.

—Hijo,—decia la rosa desconsolada,—no te muevas, vive aun cuando sea léjos de mí, sé feliz y no busques más dicha para encontrar penas.

—No lo creas,—contestaba aun el capullo,—nadie puede ser más dichoso que yo, ¡cuánta vida, cuánta frescura, qué delicias!

Y el díscolo botoncillo saltaba de contento todavía.

De repente aquellas hojas que parecian solícitas abrigarle, ceden y él conoce que el agua le arrebatara, y entonces busca el apoyo maternal y no le encuentra.—En vano llama entonces á la rosa, su madre, ella no puede ya nada.

—¡Socorro,—dice,—socorro, voy á morir, no me dejes!

—Huiste de mí, y mi proteccion nó te alcanza.

—Madre, madre, yo creceré á tu sombra, yo no querré ni más rocío que el que tu me prestes.

—Es tarde, hijo, es tarde.

Y poco á poco las aguas arrebataban al tierno boton, y al fin mis hojos le perdieron entre las turbias aguas del río.

La madre inclinaba tanto su cabeza, que sus hojas también cayeron, y, mustias y deshechas, yo las ví perderse entre las aguas.

—¡Pobre madre! Como todas, ya que no podia salvar á su hijo, moria con él. Es el último rasgo de su amor.

*
*
*

Y poco á poco volví á la aldea y penetré en mi casita, pensando en aquel triste episodio.

Por un secreto impulso, fuí á la alcoba donde aun dormia mi madre de mi alma y la besé, creo que con más cariño que nunca.

Cuando durante mi vida he visto á un hijo que, díscolo, huye de la tutela paterna, y sé que se queja de su dominio, le miro siempre con pena y allá en mi mente suelo decir:

¡Pobrecillo! eso es porque no conoce, como yo, la historia del capullo de rosa.

L. D.



A Elisa.

Quieres saber porqué, adorada mia,
La más galana flor, la más preciada,
Adorna igual la sepultura fria
Que la frente de vírgen desposada...

La flor luce en la dicha y el quebranto
Lo mismo que tus lágrimas, Elisa;
Que unas veces las viertes en tu llanto
Y otras veces las viertes en tu risa.

Felix Cruzado.

IMPRESA DE GINER

Caballeros, 47.